

# LAS DISIPACIONES DEL CARTÓGRAFO THEODOR GLYCK

**Pablo Andrés Escapa**

Del cartógrafo holandés Theodor Glyck únicamente sabíamos de su propensión a la invisibilidad y de su clausura en una cárcel de Burgos, pasado el medio siglo XVII. Ambas condiciones -la invisible y la prisionera- están conciliadas en un extraño cuadro del pintor de Friburgo, afincado en Aix-les-Bains, Pieter Moss. En un alarde elíptico, por no decir tenebrista, el pincel de Moss nos deja ver una mano del cartógrafo aplicada a dibujar un mapa sobre un pergamino. El fulgor que revela la mano es ojival y se derrama de la altura. El resto del lienzo es oscuridad de la que únicamente nos redime el tí-tulo: Retrato de Theodor Glyck en su celda de Burgos, 1661. Si la provisión de azar que gobierna el mundo y su memoria no nos tuviera acostumbrados a sus laboriosos caprichos, podríamos atrevernos a negar que la pintura de Moss está inspirada en el recóndito testimonio de un tal Marcos Picavia, que en febrero de 1662 depuso ante un secretario de la Santa Inquisición estas curiosas palabras: «Como un milagro, en el estrangulamiento de luz que la saetera dejaba morir sobre la piedra húmeda del suelo, surgió la mano blanquísima de Glico, la cual, con la pluma que antes dije de faisán y sobre el dicho pergamino, dio en aventurar la mansa curva con que la í-nsula de Barbanaglia entretiene dulcísicamente el mar por su costado más remoto». El manuscrito con la deposición de Picavia sobre el prisionero Glyck -o Glico- es parte de la herencia archiví-stica que Sir Archibald Lorimer ha decidido preservar de la curiosidad erudita en su casa de campo en Dartmoor. «Mi abuelo confiaba en el prestigioso horror de Baskerville para alejar a las visitas; yo me limito a recomendar a los pescadores de truchas que acceden a mi propiedad que eviten la niebla, y que empleen imitaciones de la Whickham's Fancy al ponerse el sol», reconoce el caballero inglés en la carta que acompaña el enví-o del testimonio de Picavia. «No me consta que ese tal Moss tuviera conocimiento de nuestro archivo familiar. Acaso mi abuela Loretta, que acudía a tomar las aguas de Aix-les-Bains por razones periódicamente sentimentales, pudo haber intimado con el pintor y hablarle del cartógrafo. O tal vez no», vacila Sir Archibald en otro párrafo. Ofrecemos ahora un resumen del curioso documento que debemos a la amabilidad de este diletante caballero inglés. Lorimer es un entusiasta defensor de la doma clásica -al modo ilustrado por el duque de Newcastle en su célebre método de vestir caballos- y de la teorí-a que ve en el temblor que experimenta el mar las noches de plenilunio, una causa determinante de la fluidez con que los equinos del mundo, aun los que dormitan lejos de los acantilados, abandonan su sopor para intercambiar relinchos hexamétricos. Mucho nos tememos que esta propensión de Sir Archibald a la hipérbole haya perjudicado el rigor de la transcripción que nos remite. En el peor de los casos, los hechos referidos en el documento no rebajan el misterio del cuadro de Moss, que sigue seduciendo a los alegres bañistas de Aix-les-Bains en el recibidor del hotel Bourget, al final del paseo que conduce al lago desde la estación.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 23 (octubre-diciembre, 2000)

[...] «que este Glico era de hechura más bien recia, tez encarnada y cabellos casi blancos, como dicen que abundan por aquella parte de la Frisia, de donde dijo que era natural. Tenía su voz calidades tan amables que parecía anuncio de primavera y de venturas, y más querencioso se hacía su sonido porque hablaba poco. Era gran dogmatizador, que solía acordarse en hora mala del Papa y sus cartógrafos cuando yo le preguntaba si con el mapa de Ortelius podía descubrirse la Península Hiperbórea, donde es fama que se ignora la tristeza y que un hombre elige el día de su muerte. Nosotros, confiados a la oscuridad, lo único que sabíamos del tiempo es que corría contrario a nuestra salvación, y que la triste luz que permitía la saetera trazaba un arco más severo cada día sobre la piedra que iba endureciendo nuestros cuerpos. A veces no se oía rumor alguno que nos advirtiera de nuestra estancia en el mundo, y en esa suspensión terrenal no fueron pocas las ocasiones en que creí yo estar solo y olvidado de cuantas obras se atribuyen al Creador. Mucho pensé en horas tan apagadas de ruidos en aquel verso del maestro fray Luis, que bien me pareció que tanta añoranza de retiro solo puede alumbrarse cuando no falta compañía y es segura la luz. Llamaba yo entonces a mi compañí-a en voz alta solo por oír algún sonido que aliviara tanta soledad. Y respondía él con aquella voz dulcísima: «aquí- estoy, Marcos». Muchas veces lloré calladamente de gratitud.

[...] Un día oímos la voz de una avecilla que Glico, después de escuchar un rato, juzgó alondra. Y fue por discutir de aquel canto -que yo tenía por de ave más menuda- como vinieron a revelármeme las artes admirables del holandés. Desde la oscuridad en la que hablaba, Glico díjome que el pájaro aquel que tantas saluciones nos traía era en realidad un antiguo galeote que volvía por agradecerle una carta de navegar que le trazara hacía varios años en Amberes para alcanzar la ínsula de Barbanaglia, donde muy luego de haber puesto pie en tierra, haber bebido por orden de las tres fuentes que le marcó en el mapa y haber dormido la noche según le mandé, con los grillos enterrados en la arena de la playa, de hombre esforzado había logrado despertarse hecho avecilla. Y aunque bien sabía yo que la prisión de Glico era por vender entre los peregrinos que iban a Santiago mapas fabulosos que acercaban el Pórtico de la Gloria, y hasta por fingir leyes que imperaban en deseables parajes ignorados de todos menos de su fantasía, me dejé vencer por el sueño de ser pájaro en república tan distante de penurias.

Muchas horas dediqué yo a saber de esa ínsula de Barbanaglia, adonde me explicó la voz prometadora de Glico que solo pueden llegar quienes han sido antes prisioneros. Cuanto más preguntaba yo, menos quería contar él -que bien cierto es aquello de que no hay tan grande ilustración como el silencio- y se amparaba en la oscuridad y en ignorancias que solo dejaban saber que aquella ínsula distaba tres mil leguas lombardas de los remolinos de Caribdis, en dirección al país de los Arimaspios; y que solo se llegaba a bordo de falúa portuguesa, y que la única manera de poner pie en tierra de Barbanaglia era teniendo el alma pura y desembarcando con esa provisión el dí-a de la Natividad, que el calendario restante era dominio de crudas tempestades cuya furia, sin embargo, no se dejaba sentir en la ínsula; que reinaba siempre en Barbanaglia tempero amable y no había necesidad de alimento para sostenerse, que todo se pasaba en deleitar la vista con la forma perfecta de los árboles y las criaturas que la moraban, y en mantener en armonía con la ínsula el alma libre de cizañas. Y así- otras mil condiciones

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 23 (octubre-diciembre, 2000)

parecidas que hacían más deseable la vida en parte tan liviana. De suerte que con estos discursos tan discretos empezó a apretarme el tiempo por no saber en qué día vivíamos - si mañana de mayo o pronta noche, tan engañosa era la luz estrecha de la saetera-, ni si alguna vez podría verme libre de prisión con el alma esclarecida y provisto de falúa portuguesa. Y tanto debió crecer en mí- la impaciencia que Glico respondiome un día que de esa Barbanaglia sabía la alondra más que él mismo y que había que esperar a que cantara nuevamente para ver qué más contaba.

[...] por fin dijo más aquella sombra amiga, que era para mi esperanza de prisionero la voz de Glico: que en Barbanaglia la Natividad coincidió con el tiempo en el que estábamos, porque duraba todo el año, y que salir de prisión tan recia como la que nos retenía era cosa fácil si se sabía la ciencia de las proporciones áureas que fray Luca Pacioli había dejado escritas, y la aplicación que de ellas hiciera el célebre Fanto Fantini, que con la sola ayuda de su mente dejó atrás una prisión hexagonal que lo retenía en cierto rincón de la Toscana (\*). Cantaba la alondra junto a la saetera cuando Glico callaba, y entonces creía yo reconocer en su voz los acentos melódicos de Barbanaglia, la rompiente de las olas en su playa y el color cambiante de los frutos bajo el sol. Y pedíle muy encarecidamente a Glico que me describiera una vez más la forma perfecta de la ínsula y que me enseñara el arte mental del tal Fantini para verme libre y en disposición de navegar hasta reconocerla. Glico sonreía en la oscuridad, lo sé. Pero ya no ví nada extraño en que privados como estábamos de todo menos de sombra amarga y de tristeza, sacara él de donde solo Dios podría saberlo un trozo de pergamino y dispusiera de luenga pluma de faisán, y de tintero lleno, para aplicarse a trazar, a la penosa luz de la saetera, el perfil amable de la ínsula de Barbanaglia.

[...] En reino de oscuridad completa, tumbóme desnudo con los brazos extendidos y abiertas las piernas, como mi maestro me mandaba. La punta de mis dedos tocaba los dedos del que me guiaba para salir de la prisión, y tanta era mi esperanza de abandono que cerró los ojos con fuerza, cuando no fuera necesaria más tiniebla de la que ya había para dejar que el alma mansamente se asomase a los labios, que era la condición primera que Glico había enunciado para verme libre. La segunda, descubrirme desde el aire, privado de la prisión más grave de todas, que es ser ceñido de cuerpo adolorido y mortal; la última, olvidarse del mundo, que adelgazada la memoria de tan pesado lastre, sería yo como luz que cruza fácilmente la saetera o que burla la tiniebla de un pozo para reposarse en el premio oculto del agua. Con palabras tales se expresaba mi maestro tendido en lo oscuro junto a mí. Y muy sutil, digo, había de ser aquella ciencia suya, o más débil mi esperanza de volar de cuanto yo creía, que ante Dios y este tribunal declaro que todo fue como él anunciara: que primero sentí- en los labios una dulcísima caricia que hacía olvidar otra sed acumulada que no fuera la de elevarse de este mundo, y elevado vi después, como a plena luz del día -y sé que era noche oscura la que nos cercaba- mi pobre cuerpo desnudo sobre el suelo, y el de Glico, que parecía dormido. Y en ese trance de verme junto a él tan desvalido, tuve miedo de que mi amigo no fuera a despertarse y yo quedara solo en tan raro viaje. En medio de la terrible duda reconocí el mapa de la ínsula entre los dos cuerpos que yacían y quise descender a recogerlo cuando

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 23 (octubre-diciembre, 2000)

la mirada podía solazarse ya en la vista de las estrellas que se anunciaban por la altísima saetera. Fue entonces cuando noté que los labios, que habían conocido tanta frescura un rato antes, casi me abrasaban, y abrí los ojos y enfrentéme a la antorcha cruel del carcelero, que voceaba reciamente y maldecía su suerte por haber dejado escapar a un prisionero. Volví yo aturdido la cabeza al lugar donde reposara mi maestro y nada de él se me ofreció a los ojos. Ni sus ropas ni el mapa de la ínsula de Barbanaglia que para mi recreo había dibujado al resplandor de la saetera.

[...] A la décimo cuarta proposición respondo que Teodoro Glico no era demonio sub especie carnis, como ahora quieren, sino hombre y bien robusto, cuando no fuera él mismo un ángel que Dios puso en mi camino por curarme de tanta soledad, que así han de hablar los ángeles, con esa dulzura en la voz que sabe descifrar reinos remotos donde las almas vuelan a su anchura y siempre hay día; que si de algo deben acusarme con más rigor del que yo me acuso ahora es de haber vacilado en mi fe de seguirlo a través del angostísimo pasaje de la saetera, por donde Glico fue a perderse aquella mansa noche que dijo era la vigésima de la Natividad en Barbanaglia.

A la décimo quinta y última respondo lo que ya dije en la audiencia pasada: que ahora son dos los cantos que entretienen mis horas, no sé si voces de galeote o de alondra o de ave más menuda, como fue siempre mi parecer, y que fray Pedro de Yepes, cuando vino a tomarme confesión, también las oyó y se distrajo con su música, aunque más quiera negarlo. Y advierto que en la voz de la segunda avecilla reconozco aquella música con que solía hablarme el maestro Glico en la sombra compartida, que era anuncio de aguas puras y de tibia arena donde descansar ya sin enojos. Y digo más: que confunda Dios a quien niegue lo que yo sé oír, que dice el avecilla que las leguas que separan mi prisión de Barbanaglia son menos a cada hora, y que los cartógrafos que Su Santidad aprueba y por los que Su Majestad Católica va ganando el mundo, siguen errando en ignorar tan preciosa ínsula en sus pobres mapas...». Sir Archibald Lorimer da por hecho que el prisionero Picavia se dispó, como su maestro, pero en una hoguera. Con su habitual gusto por la mixtificación, supone que el humo desprendido del fuego iba ganando el cielo en apreciable forma de falúa portuguesa.

---

(\*) Sir Archibald Lorimer nos advierte en una nota: «De la singular peripecia de Fanto Fantini della Gherardesca, de su perro Remo, que escribí-a en etrusco, y de su caballo Lionfante, que supo pronunciar un exquisito discurso ante el Senado veneciano en elogio de su dueño, deben leerse las páginas que don Álvaro Cunqueiro le dedicó en Vida y fugas de Fanto Fantini (el episodio de la cárcel geométrica en págs. 92-99 de la edición inglesa). Don Álvaro -prosigue Lorimer- no advierte en su monografía que el caballo Lionfante fue un regalo que le hizo a Fanto el barón Detourt a cambio de una planta de laurel. Fue mérito de Fanto transformar en dulce prosodia toscana el rudo acento sajón con que se pronunciaba vernáculamente el caballo».

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 23 (octubre-diciembre, 2000)